

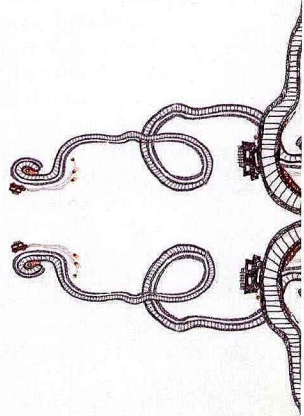


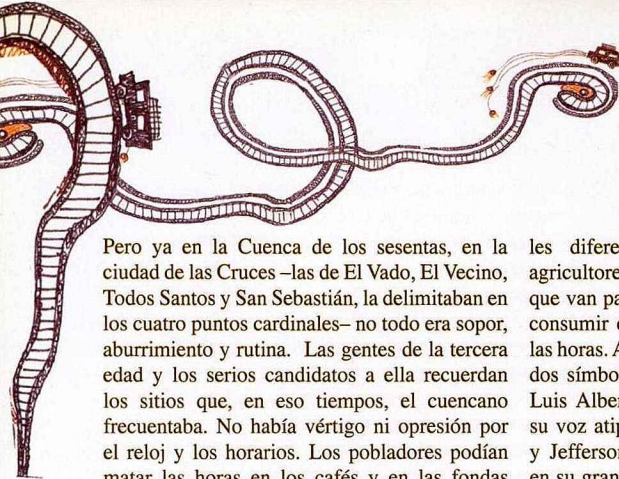
EL RAYMI", UN SITIO DE ENCUENTRO.

FELIPE AGUILAR

En los remotísimos años cincuentas del siglo pasado en Cuenca no había mucho que hacer. La vida no ofrecía variantes ni diversiones. La gente se levantaba temprano a sus tareas cotidianas y se retiraba a dormir a la misma hora que las gallinas. No se conocía, ni de lejos, la vida nocturna. La ciudad era diminuta. Tranquila. Conventual la llamaban. Sus habitantes eran gente de alma pacífica y de espíritu acendradamente religioso y conservador. De día estallaba con las luces de un sol sin piedad. De noche el silencio opresivo, la penumbra. Uno que otro tímido neón, los ebrios vivando a Velasco, las voces de los Dávalos y de Olimpo Cárdenas, desde alguna escondida rokola. Dos mercados, cinco o seis colegios fiscales, una veintena de escuelas, una sola universidad.

Hoy, cuando mucha agua ha corrido bajo –y sobre– los puentes, la ciudad ha cuadruplicado su superficie, sus vías, sus servicios y ha multiplicado por ocho el número de sus habitantes. Claro hay problemas de vivienda, pero no hay los llamados barrios jóvenes o villas miseria, no se han formado las ciudadelas de Dios y sin ley, el tugurio sigue en el centro. Los barrios reos de ayer –El Vecino, El Vado, Todos Santos– ya lindan con el llamado centro histórico. La actividad comercial y administrativa se ha descentralizado y ha emigrado hacia las modernas avenidas del sur. Mes a mes, día tras día, se inauguran nuevos centros comerciales, nuevos establecimientos educativos y por el número de institutos superiores, probablemente sea la ciudad más universitaria del mundo, aunque esto no sea un timbre de orgullo. Por su historia, por su superficie, sus tradiciones, su población, se mantiene como la tercera ciudad del país, pese a que algunos afirman que es Nueva York por los 400 mil ecuatorianos que allí, ¿viven?





Pero ya en la Cuenca de los sesentas, en la ciudad de las Cruces—las de El Vado, El Vecino, Todos Santos y San Sebastián, la delimitaban en los cuatro puntos cardinales—no todo era sopor, aburrimiento y rutina. Las gentes de la tercera edad y los serios candidatos a ella recuerdan los sitios que, en eso tiempos, el cuencano frecuentaba. No había vértigo ni opresión por el reloj y los horarios. Los pobladores podían matar las horas en los cafés y en las fondas (así se prefería llamar a los restaurantes). Una de ellas, de pronto, se hizo sitio de encuentro de intelectuales y poetas, de bohemios y nocherniegos, de artistas y librepensadores, de gentes que creían que podían salvar al mundo con un verso, una diatriba, una pincelada, un manifiesto. Privilegiadamente situado junto a la catedral, en el mero centro, el Raymipamba—“18 nudos al sur de la alegría”, como dice el verso de Rubén Astudillo, uno de sus más asiduos visitantes—fiel a su nombre era una fiesta que congregaba a los del grupo Syrma, a algunas gentes obsesionadas y golpeadas por los textos de Kafka y a unos cuatro o cinco comunistas, en torno al talento de Paco Estrella para gozar y sufrir con los alfileres de su humor irreverente y total.

Ese era el Raymipamba de los años sesentas, el compadreo, el sitio en el que se destilaba el jarabe de pico, el cotilleo, la broma sutil y aleccionadora, la fantasía que llenaba la vaciedad de la realidad, la riqueza verbal, el jaque mate léxico, el juego de palabras, la lengua viperina, el habla cuencana en su apogeo, el cantadito, los esdrújulismos, las eres rastreras, los seseos, los voceos, los leísmos, era la Real Academia de la Lengua en todo su esplendor. Guardando las distancias siderales, el Raymipamba era la versión cuencana del legendario café Tortoni de la gran Buenos Aires de los años veintes del cual tanto hemos leído y escuchado. Del Raymi—el apócope lo hace más familiar aún—de la época gloriosa todavía algo queda. Acá con insólita puntualidad, asisten amigos—les une la edad y el “merecido descanso” de la jubilación,

les diferencia las profesiones: arquitectos, agricultores, artistas, profesores, ingenieros—que van para viejos, para ver pasar el mundo y consumir entre carcajadas y bromas, los tintos y las horas. Acá llegan también, de vez en cuando, dos símbolos de la morlaquía contemporánea: Luis Alberto Luna, cuencano por afecto, con su voz atiplada y toda su bondadosa sabiduría y Jefferson Pérez solitario, sencillo y cordial en su grandeza, a contestar todos los saludos y las preguntas. Acá llegan oficinistas apuradas, soñadores que cuentan, a quien quiera oírle, el último gran proyecto en el que están empeñados, hinchas del Cuenca a criticar, con mucha razón, la sarta de torpezas de los directivos, algunos manifestantes que se cansaron de gritar y protestar inútilmente, los empleados de la muy cercana Casa de la Cultura, abogados que se dan un respiro en sus litigios y quieren comentar el último desliz legal, supervisores de educación que, para variar, no tienen nada que hacer, jueces que quieren un minuto de reflexión antes de emitir su sentencia. Al mediodía, sin embargo, el espacio deja de ser cuencano y se torna cosmopolita. Rostros rubicundos, ojos celestes, cabelleras blondas, ropajes estrafalarios, voces en todos los idiomas—predominan el inglés y el francés, aunque también se oye escucha hablar a gentes que parecen tener una papa caliente en la boca—gritos altisonantes, órdenes ininteligibles, pedidos gastronómicos insólitos. En fin, convertir al Raymi un lugar íntimo y muy cuencano en una fiesta global, es el precio que hay que cancelar ante el objetivo de convertirnos en “destino turístico”.

